**HISTORIAS DE VIDA
TESTIMONIOS**

**SOBRE
FORMACIÓN
PERMANENTE**

FORMACIÓN PERMANENTE MI EXPERIENCIA PERSONAL

Benjamín Crespo López de Castilla, S.J.

Secretario de lengua española

De las dos Asistencias de América Latina

Curia Generalicia S.J. - Roma

Agradezco la invitación a compartir con todos ustedes mi experiencia personal sobre la formación permanente, tema que de vital importancia en orden a una mayor renovación y crecimiento como persona y compañero de Jesús para vivir la misión que la Compañía me confía.

A modo de preámbulos

Mi historia personal:

Provengo de una familia profundamente cristiana y estrechamente vinculada a la Compañía, por una relación cercana de algunos jesuitas con mis padres aún antes de casarse. Como verán, esta formación ignaciana, me viene desde mi familia y mi proceso escolar en el Colegio de la Inmaculada, en Lima, Perú. Sabrán ustedes la fundamental importancia que en la educación de los hijos tiene la estrecha relación entre familia y colegio. La decisión de mis papás – la cuál siempre agradeceré de educarnos con los jesuitas fue muy importante y valiosa. En este contexto y en una experiencia de Ejercicios Espirituales, surgió que me preguntara dos años antes de concluir el Colegio: ¿qué es eso de ser jesuita y tener vocación?, ¿qué es eso de tener vocación a ser sacerdote en la Compañía de Jesús?... en definitiva

buscaba responder a la pregunta fundamental: ¿qué quiere Dios de mí?... Puedo decir ahora que mi deseo de corresponder al amor de Jesucristo pobre y humilde y de manera preferencial en los pobres, está en los fundamentos de mi vocación; anhelo servir y esto con deseos de mayor radicalidad.

Con 17 años recién cumplidos, entré al Noviciado en marzo del 66, al terminar mi etapa de colegio; el contexto, la Congregación General XXXI y recién elegido como General el muy querido y siempre recordado Padre Arrupe; en un tiempo de cambios sociales y Eclesiales, apenas terminado el Concilio Vaticano II. Era una época en la cuál se empezaban a dar cambios en la formación, experimentados progresivamente con sus implicaciones, aciertos y limitaciones. Siento que he realizado toda mi formación en la Compañía y creo poder decir que ***esta formación continúa en la vida ordinaria, en el trabajo de cada día.***

*esta formación
continúa en la vida
ordinaria, en el
trabajo de cada día*

A lo largo de mi trayectoria de vida en la Compañía, este año cumpla ya 45, he vivido intensamente la misión, colaborando en la formación de jesuitas y en la formación del clero diocesano, ayudando en el gobierno de la Provincia Peruana, compartiendo de cerca mi vida y ministerio sacerdotal con gente pobre, campesina, marginada y en situación de violencia, en la formación de niños, jóvenes y laicos integrando una comunidad educativa, entre otros. Todos y cada uno de los ámbitos y grupos humanos con quienes he compartido en este hermoso recorrido, me han hecho experimentar vínculos y sentidos de pertenencia al cuerpo de la Compañía universal y a la Iglesia particular, desde su riqueza, diversidad y complejidad. Desde hace pocos meses estoy en la Curia General, en Roma, como Secretario Regional de las Asistencias de América Latina Meridional y Septentrional.

Conocer la realidad del mundo de hoy:

Para vivir mejor nuestra misión, considero de particular importancia, el profundizar en el conocimiento de la compleja realidad que vivimos en nuestro mundo hoy; ese punto debe ser objeto de preocupación, estudio, reflexión y compartir enriquecedor; es decir, exige todo un proceso de permanente formación que nos capacite y actualice constantemente para poder así transmitir el evangelio de Jesucristo “*ansi nuevamente encarnado*” [FjEs 109]. Siempre

recuerdo el proverbio latino **“Hombre soy, nada humano me es ajeno”** escrito por Terencio el año 165 a.C. y que ha quedado grabado para la posteridad.

Cabe recordar el Concilio Vaticano II: *“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”* (GS 1). Desde la encarnación de Dios, nada ni nadie nos debe ser extraño ni ajeno, parafraseando las palabras del P. Teilhard de Chardin: **“Nada es profano, aquí en la Tierra, para quien sabe ver”**.

Permanecer en esta actitud, significa dejarnos formar por la realidad en la que vivimos y de la cual somos responsables. Los pobres nos evangelizan, nos acercan más a Dios, al igual que el contacto cercano con la realidad de extrema pobreza, violencia e injusticia social, muertes y desapariciones, confronta nuestra manera de ser, de pensar, de actuar y proceder. En este sentido agradezco mucho el haber vivido y trabajado tanto en el Vicariato Apostólico de Jaén, en la sierra norte del Perú, el haber estado en contacto cercano con la población de la zona de sierra campesina y de la zona

la experiencia de trato personal directo, el compartir la vida de muchos hermanos nuestros

nativa del Marañón. De igual manera, en la Arquidiócesis de Ayacucho, una zona de mayor pobreza y especialmente de mayor violencia social. La experiencia de trato personal directo, el compartir la vida de muchos hermanos nuestros que viven -o más bien sobreviven- en situaciones muy precarias, conduce a planteamos temas muy de fondo, que requieren profundidad humana y espiritual, abordando todos los aspectos que implica. *“Si amas a los pobres, sabrás qué hacer por ellos” “porque el*

pobre es Cristo para mí” “¿qué haría Cristo si estuviera en mi lugar?” decía el Padre Alberto Hurtado.

Es pues muy importante aquello afirmado por el P. Ignacio Ellacuría, asesinado en El Salvador: *“Es imposible ser libre de espaldas a la realidad, ya que estamos implantados en ella”*. Tenemos que hacernos cargo de la realidad, cargar con ella y encargarnos de ella para que sea como debe ser. Y esto requiere una seria formación permanente.

Como afirma la reciente Congregación General 35: *Esta misión de intentar “sentir y gustar” la presencia y la acción de Dios en todas las personas y circunstancias del mundo nos coloca a los jesuitas en el centro de una tensión, que nos impulsa al mismo tiempo, hacia Dios y hacia el mundo. Surgen así, para los jesuitas en misión, una serie de polaridades, típicamente ignacianas, que conjugan nuestro estar siempre enraizados firmemente en Dios y, al mismo tiempo, inmersos en el corazón del mundo. (CG 35, 2,8). “Los jesuitas deben manifestar, especialmente en el mundo contemporáneo lleno de ruido y estímulos incesantes, un fuerte sentido de lo sagrado, inseparablemente unido a una implicación activa en el mundo. Nuestro profundo amor a Dios y nuestra pasión por su mundo deberían hacernos arder, como un fuego que enciende otros fuegos” (CG 35, 2,10).*

Estamos llamados a vivir en el seguimiento de Jesús, en medio de nuestro pueblo pobre y creyente, y por tanto tenemos que conocer a nuestra gente, a nuestros pueblos, su cultura, su lengua y costumbres, sus tradiciones, sus problemas y dificultades, sus esperanzas por construir un país diferente; tenemos que vibrar con aquello que les hace vibrar, compartir sus sufrimientos y sus alegrías. *“Nuestro compromiso de ayudar a establecer relaciones justas nos invita a mirar el mundo desde la perspectiva de los pobres y marginados, aprendiendo de ellos, actuando con ellos y a su favor. En ese contexto, el Santo Padre nos recuerda que la opción preferencial por los pobres “está implícita en la fe cristológica en un Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (2Cor 8, 9)”. Con una llamada profética, nos invita a renovar nuestra misión “entre los pobres y por los pobres” (CG 35, 3,27).*

Por tanto desde el hecho cotidiano de estar cada día informados de la realidad local, nacional y mundial, la lectura de publicaciones locales y más especializadas, la reflexión personal y comunitaria de acontecimientos sociales y políticos, la participación en encuentros o reuniones de agentes pastorales y todo aquello relacionado con nuestro mundo hoy. Nada de lo humano debe ser ajeno, nada que sea de los otros puede dejar de ser nuestro. Una visión así nos ayuda mucho al anuncio del evangelio, desde una espiritualidad encarnada y no evasiva. Como dice también el texto de la CG 35 *“seguir a Cristo cargado con su Cruz significa anunciar su Evangelio de esperanza a los innumerables pobres que habitan hoy nuestro mundo”.*

Para nuestra Iglesia que peregrina en América Latina y el Caribe, nuestros Obispos reunidos en el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida afirmaron claramente: *“Nuestra fe proclama que “Jesucristo es el rostro humano de*

Dios y el rostro divino del hombre"... Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo: "Cuanto lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron" (Mt 25, 40)... Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres"(Cfr. Documento de Aparecida nn.393-398, mayo 2007).

Qué entiendo por formación permanente:

Lo primero que se me viene a la mente y al corazón, haciendo memoria y algo así como un "y después *reflexionar para sacar algún provecho de cada cosa destas*" [Ej Es 108], es considerar las siguientes palabras que de hecho

*ser instrumento
adecuado e idóneo para
el servicio de "ayudar a
las almas"*

están integradas y articuladas entre sí: renovar el amor primero, prepararse para mañana y subir al amanecer, renovación espiritual, crecimiento humano, espiritualidad ignaciana e ignacianidad, actualización teológica-pastoral, mejorar la calidad del servicio apostólico, ser instrumento adecuado e idóneo para el servicio de "ayudar a las almas", responder mejor a retos y desafíos actuales desde nuestra realidad, adaptación a los cambios, experiencia de Compañía universal y misión, ir a las fronteras. Detrás de cada una de ellas se contiene lo que deseo compartir con ustedes.

Basado en la experiencia personal, me parece que tendríamos que hablar de un proceso a lo largo del cual uno vive ***experiencias formativas en la vida cotidiana, mezcladas con experiencias de carácter más extraordinario***, distribuidas en etapas o períodos más regulares y constantes, y otras con ciertas variantes de carácter más irregular. No siempre uno es del todo consciente de aquello que consideramos prioritario y esencial, pues la cotidianidad y el inmediatismo, nos hace perder la perspectiva y postergar en algunos casos, por cierto tiempo lo esencial. El saber discernir a tiempo y con claridad evitaría caer en esta especie de entrappe, pues de hecho lo primero es lo primero y no lo podemos soslayar, buscando aparentes justificaciones que no son del todo verdaderas, distrayéndonos de lo esencial.

Me parece que debemos luchar contra la corriente y ser contraculturales en el sentido de no caer en lo superficial, en las apariencias, sin penetrar en la esencia de las cosas y de las situaciones humanas; es necesario tratar de ahondar y descubrir aquello que va siendo como el hilo conductor de los acontecimientos y que orienta el significado más profundo de todo lo que nos acontece. Evidentemente nos lleva a desear vivir con mayor hondura y profundidad, **a buscar el significado detrás de la información, la realidad detrás de las apariencias**, ir al fondo de las cosas, en un ejercicio que nos permita juzgar correctamente sobre las personas, ideas y acontecimientos, logrando de esta manera una mirada realista, libre de prejuicios y de críticas superficiales.

Es tiempo de renovación interior; de volver a lo fundamental, a lo esencial, en un momento particular y en orden a la misión, lo cuál *“implica vivir en un proceso continuo de conversión y renovación espiritual para estar a la altura de nuestra vocación”*. Para quienes nos ubicamos en la *“fase de la edad madura”*, es decir, entre los 45 y 65 años de edad, *“la formación permanente se debe centrar en una más profunda experiencia espiritual que permita recuperar la historia personal a la luz de Dios y ver el presente como un momento de gracia y esperanza en que en los años posteriores todo será posible con la fuerza que viene de Dios”* (Cfr. La Formación del Jesuita, página 165, Documentos del P. Peter Hans Kolvenbach, Roma, 2003)).

Recuerdo ahora, como Ignacio *“encaminó su corazón hacia donde lo conducían el Espíritu y la vocación divina... aunque, con singular humildad, seguía al Espíritu, no se le adelantaba. Y así era conducido suavemente a donde no sabía... sin embargo, poco a poco se abría camino y lo iba recorriendo, sabiamente ignorante, con su corazón confiadamente puesto en Cristo”* (Cfr. MHSI, FN II, “Dialogi pro Societate, cap. II, n.17).

Diversas experiencias y medios de formación:

Ejercicios Espirituales y acompañamiento personal y grupal:

En lo personal, siempre he tenido el interés de ahondar en la experiencia espiritual, especialmente de los Ejercicios Espirituales, dejándome acompañar por otros temas de estudio y reflexión de espiritualidad ignaciana, concernientes al Instituto, a la vida de Ignacio, a sus compañeros, a documentos actuales de la vida de la Compañía, entre otros. Dicho interés lo he sentido como un desafío a partir de la misión, es decir, desde la experiencia lograda

como formador de novicios y estudiantes y desde los años de apoyo al gobierno provincial, al realizar la misión de Socio del Provincial, en distintos momentos al interior de la Compañía.

Desde mi experiencia -como creo que lo es desde la experiencia de todos los vinculados a la formación ignaciana-, es ese deseo de experimentar y compartir el inmenso amor que Dios nos tiene y el querer asumir con mayor radicalidad en el seguimiento de Jesucristo pobre y humilde, lo que nos impulsa a vivir según la gracia de nuestra propia vocación, reflejando una clara identidad con nuestro proceder. Y por supuesto desde la experiencia de los Ejercicios Espirituales, pues como decía el Padre Maestro Ignacio *“Dos y tres y otras cuantas veces puedo os pido por servicio de Dios N.S. lo que hasta aquí os tengo dicho, porque a la postre no nos diga su divina Majestad por qué no os lo pido con todas mis fuerzas, siendo todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos”* (Carta al P. Manuel Miona, Venecia, 16 noviembre 1536).

*me ha cautivado el
dar y acompañar
Ejercicios a diversos
grupos*

A lo largo de mis años de sacerdocio, me ordené el 18 de junio de 1977, me ha cautivado el dar y acompañar Ejercicios a diversos grupos, de manera personal y comunitaria. El buscar y conseguir materiales o apuntes, preparar temas, escribir sugerencias sobre puntos de oración, sugerir textos bíblicos o ignacianos, adecuando todo esto de la manera más pertinente al grupo y a las personas, es un medio importante que ayuda mucho a la formación permanente.

Colaborando en la formación de jesuitas

Al recibir mi ordenación, fui destinado a trabajar en la formación de novicios y juniore; ello implicó el estudio de temas relacionados con la vida e historia de la Compañía, Constituciones, documentos fundacionales, documentos de Padres Generales y Congregaciones Generales, vida de Ignacio y primeros compañeros, temas de actualidad, etc. Con ocasión de la Tercera Probación, dediqué varios meses al estudio previo de estos temas en Roma, donde tuve la oportunidad de ser acompañado de manera personal por algunos

especialistas y de asistir a algunos cursos y talleres en el Instituto de Espiritualidad de la Universidad Gregoriana y en el Centro Ignaciano de Espiritualidad.

Durante la experiencia de Tercera Probación y gracias al P. Gilles Cusson como Instructor, fue posible adentrarme más en temas relacionados con los Ejercicios y la espiritualidad ignaciana, integrando un grupo formado por jesuitas de varios países y provincias (África Occidental, Canadá, Colombia, México, Holanda y Perú) viviendo una enriquecedora experiencia de universalidad. En medio de esta experiencia, con la enfermedad del P. Arrupe y el nombramiento del P. Paolo Dezza como Delegado Pontificio, se dieron situaciones especiales a nivel de la Compañía Universal. Esto motivó a quienes estábamos presentes, a vivir una etapa muy enriquecedora, con especial énfasis en los asuntos de la vida de la Compañía y la Iglesia.

Durante muchos años he dado cursos y talleres de Constituciones a los novicios; para tal efecto, siempre parto de un texto valioso y significativo del P. Jerónimo Nadal (1507-1580), colaborador cercano de Ignacio en los primeros años de la Compañía, quien tuvo la misión de promulgar el texto de las Constituciones, que a mi parecer, expresa muy bien cómo debemos conocer y tratar los asuntos relacionados con la Compañía, documento que resalta y que tiene plena validez en orden a nuestra formación *spiritu, corde, practice* permanente:

“Pero para lo que se a de tractar, os presupongo que las cosas de la Compañía, para que se tracten con provecho nuestro, se an de tractar con estos **tres principios: spiritu, corde, practice.**

Spiritu: como cosa cuyo principio es Dios, el qual rige y gobierna la Compañía: no digo siempre con inmediatas revelaciones, et tamen sabemos que El movió al Padre Maestro Ignatio, que assí nos lo dize la Iglesia en las bullas de la confirmación de la Compañía y otros actos y testimonios legítimos. Llamamos espíritu y moción de Dios lo qué a revelado a su Iglesia, y a los que nos mueve por sus dones y virtudes infusas. Y también lo que la Iglesia ordena, lo que nos enseña la lumbre natural y la experiencia de las cosas y nos mueven las virtudes morales. Y por todas estas maneras se nos comunica Dios, y es el principio de todo; y desta manera emos de considerar que somos movidos y regidos por El.

Corde: no especulativamente. No basta entender que eso es de Dios y ques ordenado por su providencia; es menester aplicar la voluntad y el affecto. Un hombre con solo el entendimiento, ¿qué sería sin voluntad? Monstro. Es pues menester añadir la voluntad a lo que se entiende; y que se oiga con gusto,

FORMACIÓN PERMANENTE

con devoción, con ternura, y amándolo y aficionándonos a ello, consolándonos, que aquello que se nos dize es de Dios.

Y más, **practice:** que obréis a lo que entendéis y amáis, que os rigáis por eso. Lo que se os platica no sólo es para que os parezca bien y gustéis dello, sino para que juntamente lo pongáis por obra y en ejecución”. Plática primera en Alcalá a 26 octubre 1561. *Commentarii* de Instituto Societatis Iesu, pp. 226-230.

Formando al clero diocesano

Desde mi experiencia de Rector del Seminario Mayor San Luis Gonzaga del Vicariato Apostólico de Jaén, Perú, donde se forman seminaristas diocesanos de diversas Jurisdicciones Eclesiásticas de la sierra norte y selva peruana, fui también aprendiendo a conocer y valorar la espiritualidad diocesana. Es especialmente a partir de allí, desde donde valoro tanto lo ignaciano propio de nuestra vocación, como también la espiritualidad diocesana; para ello, obviamente me fue necesario estudiar y conocer a fondo el valor de la vocación al sacerdocio diocesano y lo que ella significa en el contexto actual de nuestra Iglesia, y particularmente en las iglesias locales de las cuales forman parte los seminaristas. La pregunta fundamental era: ¿qué sacerdote se forma en nuestro Seminario? ¿Qué sacerdote necesita la Iglesia hoy en el mundo, en el Perú y en nuestras Jurisdicciones?

En mi calidad de Rector, cada año participaba en el Encuentro Anual de Rectores de Seminarios y Promotores Vocacionales de las diversas Jurisdicciones Eclesiásticas, convocados por la Comisión Episcopal de Seminarios y Vocaciones, dentro del cual se compartían experiencias y trataban temas relacionados con la formación de seminaristas. A partir de esta instancia de formación permanente, salí elegido como miembro de la Comisión para revisar y redactar un nuevo documento de formación sacerdotal diocesana en el Perú. Fue un trabajo de tres años, que me permitió entrar en contacto con formadores diocesanos; se trataba de concretar a nivel nacional, las orientaciones del Papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica Post Sinodal “*Pastores Dabo Vobis*” [25 marzo 1992], según la identidad de la vocación presbiteral y las dimensiones de la formación: humana, espiritual, académica, pastoral y comunitaria. Esta fue una instancia que considero privilegiada pues me llevó a acercarme a las iglesias locales y a la mayoría de seminaristas y presbíteros diocesanos, comprendiendo y valorando esta vocación particular en la Iglesia.

Considero una gracia de Dios, el que siendo jesuita me sienta cercano a la formación diocesana, pues creo que el compartir entre religiosos y diocesanos, enriquece mucho a la Iglesia, pues nos lleva a valorar y apreciar mutuamente nuestras vocaciones y colaborarnos en la misión de la Iglesia local, Algo que siempre insistí a los seminaristas como Rector en el Seminario Mayor San Luis Gonzaga en Jaén, como Espiritual en el Seminario Conciliar San Cristóbal de Huamanga en Ayacucho, fue sobre la **importancia de crecer como personas para servir como pastores según el corazón de Dios y el corazón de nuestro pueblo pobre y creyente**, en procura de acercarnos a la configuración personal con Jesucristo Pastor. El proceso orientado desde el Seminario, buscaba no solo formar presbíteros sino formar presbiterio, al igual que comprometía para vivir siempre movidos por la caridad pastoral, entendiéndola como aquel principio que determina nuestro modo de pensar y actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente, para un servicio generoso y entregado, de modo preferencial a los pobres, olvidados y excluidos.

*crecer como personas
para servir como
pastores según el
corazón de Dios y el
corazón de nuestro
pueblo pobre y creyente*

La formación de una personalidad madura, verdaderamente integrada, es un ideal por el que vale la pena luchar. Sólo viviendo de acuerdo con la verdad de nuestro ser, con coherencia y honestidad de vida, podremos descubrir el camino que conduce a la felicidad auténtica y duradera. Estamos llamados a ser felices y por eso buscamos la felicidad a la que Dios nos invita. Creo que los principios fundamentales que vale la pena subrayar dentro del proceso formativo básico y permanente, tiene que ver con: **integración, libertad responsable, autoformación, diálogo transparente y caridad pastoral.**

Participación en el Curso de Formación Permanente y en el Curso Taller para nuevos Superiores

Otras experiencias que quiero destacar, es la participación en el Curso de Formación Permanente y en el Curso Taller para nuevos Superiores de Comunidades que organiza desde hace años la Conferencia de Provinciales de

América Latina (CPAL). Personalmente las considero de mucho valor; a quienes conozco que han participado en ellas, han experimentado algo muy significativo en cuanto a su renovación interior, los ha llevado a generar un vital proceso de reflexión personal y comunitaria, acompañados por otros jesuitas, procedentes de diversas provincias de América Latina y España.

Cada una de estas experiencias tiene su propia dinámica y metodología e implica su tiempo; es bueno dejarse llevar por el Espíritu y saberle escuchar con apertura y docilidad. Es vivir un tiempo de gracia que la Compañía nos ofrece para ordenar nuestra vida y corresponder a la vocación a la cual hemos sido llamados. Considero importante ***conservar esa actitud de crecer y mantener un espíritu de apertura a los cambios, evitando caer en cualquier suerte de distracciones o de aparentes justificaciones, propiciando con todo, el vivir en la actitud del magis ignaciano: "en todo amar y servir"***.

Socio y Secretario Regional: memoria y manos

Muchas veces comparto con otros miembros de la comunidad de la Curia General en Roma, donde ahora vivo y trabajo, el que siempre se está aprendiendo algo nuevo de la vida de la Compañía; de cada uno de mis hermanos jesuitas, de la forma como tratan a las personas y los asuntos, de la

*siempre se está
aprendiendo algo nuevo
de la vida de la
Compañía; de cada uno
de mis hermanos jesuitas*

manifiesta caridad, discreción y afecto fraterno como verdaderos amigos en el Señor y compañeros en la misión. Con todo este proceder, se busca la mayor gloria de Dios, el bien más universal y el bien de cada uno, contribuyendo así a construir el buen ser de la Compañía.

Antes de venir a Roma he sido Socio del Provincial en el Perú en diversas ocasiones, y por razón del cargo mismo, he podido conocer más nuestro Instituto, nuestro modo de proceder; he tenido la oportunidad de conocer a través de la lectura, valiosos documentos -tanto antiguos como actuales-, todo ello, en procura de poder desempeñar lo mejor posible la misión confiada.

Leyendo el texto de las Constituciones de la Compañía, en la Parte Nona, *"de lo que ayudará al Prepósito General para bien hacer su oficio"*

dice refiriéndose concretamente a la persona del Secretario de la Compañía, pero que en sentido más amplio y extenso, se puede entender también a quienes ejercen el oficio de Secretario Regional como de Socio del Provincial: *“Para lo primero de la solicitud de atender a todas cosas, parece deba tener una persona que ordinariamente le acompañe [E], que le sea memoria y manos para todo lo que se ha de escribir y tratar, y finalmente para todas las cosas de su officio, vistiéndose de su persona, y haciendo cuenta (fuera de la auctoridad) que tiene todo su peso sobre sí.[800.8]*

Este tal debería de ser persona de cuidado y juicio, y si se pudiesse, de doctrina, y que tuviese presencia y modo de tratar de palabra y por letras con todas suertes de personas; y sobre todo que fuese persona de confianza y amador de la Compañía en el Señor nuestro, para que mejor se pueda servir y ayudar dél el Prepósito General a gloria divina.[802-9]

Considerar la formación permanente es fundamental en orden a realizar la misión en servicio de todos; en mi caso concreto, al servicio del cuerpo de la Compañía y en particular de las Asistencias de América Latina.

Termino con esta frase del Apóstol Pablo a su discípulo Tito: *“Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque Dios no nos dio un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de buen juicio...soporta conmigo los sufrimientos por el evangelio, ayudado por la fuerza de Dios” (2 Tim 1,6-8).*